

La Época, Supl. 17 ene. 1992, p.3(Supl.)

del 4212

Sometidos al bisturi a ratos certero, a ratos digresivo, de la entrevista en profundidad, siete conocidos autores analizan desde una óptica muy personal su trayectoria y su obra, en estos **Conversaciones con la narrativa chilena** que el crítico y periodista Juan Andrés Piña acaba de lanzar a librerías, plasmando con relativo acierto las claves sociológicas e rigurosamente estéticas prevalentes en el último medio siglo de las letras nacionales.

Jaime Collyer

"Haber de una manera o una obsesión", advertía no hace mucho el joven novelista español Antonio Muñoz Molina, reciente ganador del Premio Planeta, a quien —seguro a sus gratificadas circunstancias— le ha correspondido no poca participación en las obsecuencias que discuten. Hablar de uno mismo o uno por la tan genérico, le alí el dilema. ¿Qué es más noble para el espíritu? ¿Someterse al arbitrio del reconocimiento y el consorcio inevitable con los muros para desarrollar nuestra respectiva de nuestro ego hiperinflado, o callar, hacerse para siempre del mapa, como el gran Salinger? Difícil cuestión. Cuando uno ya se habla mucho al silencio, así están de nuevo el silencio o las rimas para hacerlo, y el que está libre de vanidad que me el primer pelotazo.

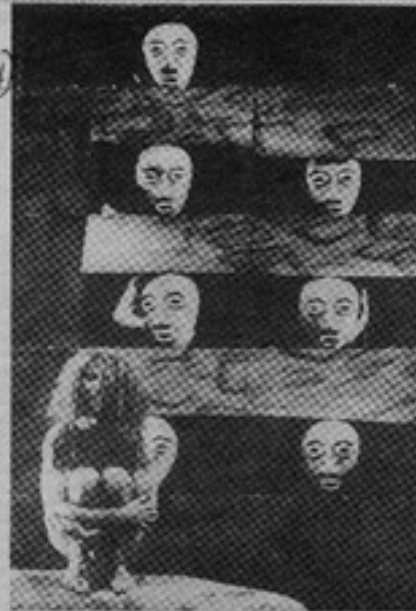
Son conversaciones relevantes en esta época política que nos ha tocado en suerte, donde el "nosotros" y la imagen van, por lo general, aparejados al favor mutuo de los lectores. Desde, como bien lo ha señalado Roberto Contreras en el acucioso italiano *L'Espresso*, "los libros no se venden ya por la crítica, sino por los escritores cuando dan de entrevistas que logran el amor".

Un esfuerzo válido

Todo lo cual no quita validez al excelente esfuerzo de Juan Andrés Piña, muy por el contrario. Alguien debía fijar y reestructurar por escrito, en un proyecto editorial coherente y de largo aliento, los libros fundacionales de nuestra desolada poesía y narrativa, por la vía siempre atractiva de acotar a sus protagonistas en el bazarillo. Ya en sus *Conversaciones con la poesía chilena*, había ciertos perfiles biográficos

de autores como Parra y Zúñiga que hicieron de ese libro un documento imprescindible para los estudiosos de su obra y para el lector de a pie, desconcertando la relevancia que, crítica, coyunturalmente, habría de adquirir como un documento póstumo y revelador de lo que fue el buen hacer poético de Enrique Lillo.

Ahora le ha tocado el turno a los narradores, en una muestra recogida de sus pécas más significativas. Tomando Alegria como eje representativo de la generación del 38 (hubo un intento de constatar a Desquey, pero, como acuciosamente nos lo da a conocer Piña en el prólogo, el hombre andaba en una zona muy discursiva); Donoso, Blanco y Edwards como portadores de la llamada generación del 50; Solimena e Isabel Allende como dos protagonistas bien diferenciados, hasta cierto punto antitéticos, de la "generación novísima"; y Diamela Eltit como una punta de lanza contrarrevolucionaria que anuncia, a su modo inextinguible, lo que puede ser la narrativa de última hora. En esta última, sin lugar a dudas, la entrevista más discutida, la más celebrada de todo el proyecto. Elit no hace conversaciones al sacerdotismo familiar y las cuestiones desmitifi-



Narradores mirándose al ombligo

cas, por su explícito trazo al trivial postcolonialismo entre el autor y su obra ("...se puede hacer una especie de paralelo entre obra y vida, y así se analiza tanto la vida del autor como su obra"). Ensayos de nuevo como el prólogo, pero el intento de Piña sigue siendo válido. Porque, a fin de cuentas, de tanto exaltarse la autora de la existencia personal, termina confundiendo el que posiblemente constituya el diagnóstico más certero de lo que ha sido, hasta aquí, la narrativa local y sus limitaciones. Para nosotros un hombre, sus consideraciones en torno al peso de lo real y lo inmediato en la narrativa local, "el valor enorme que (los narradores) confiere a la historia, en contra de lo que, esa especie de balaustrada de un ventanal en la realidad, que muchas veces termina siendo una mala copia de la realidad".

Pelambre de alto vuelo

En definitiva, uno se pregunta a quién "conversaciones" con cierta piedad, la misma que suscita el pelambre bien diseñado, cuando el menor que lo moviera algún misterio verídico. Hay algo infinitamente seductor en la memoria del ca-

erter que recuerda y "memoria" en derredor, como voluntario deformador de su propia biografía, para decirlo en los términos de Alegria. Quien diferencia explícitamente esta opción de la "memoria documental", facultad que atribuye —algo arbitrariamente— a Edwards. En todo esfuerzo del actual literario por "recrear" sus pecos y aciertos previos de todas formas cierta coherencia literaria (aunque ando no sea por su afinidad con la biblioteca), de donde resulta que la "memoria documental" de un Edwards se funda inevitablemente con la del "memorialista recreador", condición a la que aspira Alegria. Todo es, a fin de cuentas, una y la misma cosa: como una cifra implacable de la posteridad, ya sea que nos inventemos a cada momento la historia personal o sus ritmos, de modo muy favorable, en tal o cual coyuntura, apeando a los sentimientos escritos o por el diestro de la época.

La indagación biográfica sustentada en entrevistas de largo aliento supone el riesgo de aburrir en lo necesario, pero es quizá la única vía para conectar, por naturaleza, con la esencial. De poco nos sirve averiguar que Isabel Allende obsesó un buen tiempo en el hachillo-



Juan Andrés Piña, *Conversaciones con la narrativa chilena*. Santiago, Editorial Los Andes, 1991, páginas

pero, pero la muerte de un protagonista ausente y desconocido en la calle es un dato crucial, no al muy bien por qué. Esta parcela de información "esencial" justifica el intento del entrevistador. Igual que antes conversaba a legítima —y hacer atractivo— están como la historia personal del bueno de Donoso o el Allende, poeta del propio Edwards, dos títulos con los que estas conversaciones se habían comprometido. Sumos gente dada al pelambre, eso que los españoles denominan el "cambio", aunque sea, como en el caso de los libros citados y el de estas conversaciones, en pelambre de alto vuelo.

Es válido, por tanto, sobre del ensayo romántico que *Hijo de ladrón* tuvo sobre los acontecimientos, de la retórica de Donoso a brindar las interpretaciones de su obra o sus revelaciones consideraciones en torno a la fragilidad del gusto literario. (La obra literaria) cambia de acuerdo al lector que entra, según el país y según el tipo que la lee —y los discursos étnicos que Guillermo Blanco experimenta, todas las hoy, con los protagonistas de *Gracia y el extranjero*. O de las polifónicas adiciones de Antonio Muñoz Molina en su infancia de Buenos Aires, claro antecedente de su escritura superior como narrador y su adhesión a lo que él mismo denomina "la estética de la promiscuidad".

Queda de todas formas, como un dilema acribillado a casi todos los entrevistados, cierta complejidad desmentado evidente ante su obra, sin alta necesidad de justificarla y concederle un lugar honorífico en los anales de la universal. Como hace Piña cuando califica de "domesticados" a aquellos lectores que manifestaban aversión ante cierta cualidad austera de sus escritos. Siempre es mejor dejar que tipo de consideraciones, así tipo de adiciones, al lector más, porque en él, como en otros, la escuchada más saludable corresponde en rigor a ese tipo de ciudad, pero implacable, que es la posteridad.

AUTORÍA

Collyer, Jaime, 1955-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Narradores mirándose al ombligo [artículo] Jaime Collyer. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile